

Discipulado de la Palabra

Semana 18 del Tiempo Ordinario



“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”
(Mateo 14, 31)

Enséñame a caminar contigo, amado Jesús,
en estos tiempos inciertos,
como en medio del mar tempestuoso.
No me falte la fuerza de la fe
y mucho menos tu mano tendida.
Amén

P. Fidel Oñoro cjm

*“Vengo ante Ti, Jesús, para que me acaricies antes de que empiece mi jornada.
Que tus ojos se posen un instante en los míos.
Déjame que lleve a mi lugar de trabajo la certeza de tu amistad.
Llena mi espíritu para que soporte el desierto del ruido.
Que tu resplandor bendito recubra la cima de mis pensamientos.
Y concédeme la fuerza para quienes necesitan de mi”*

(Teresa de Calcuta)

Misericordia en acción:
 Un Pastor que sana y que alimenta a sus ovejas
 San Mateo 14, 13-21
 “Y partiendo los panes se los dio a los discípulos, y los discípulos a la gente”

Seguimos leyendo en los días de semana el Evangelio según san Mateo. Aunque el pasaje de hoy ya lo leímos ayer, lo retomamos.

En el bellissimo texto de Mateo 9,36, el evangelista nos había presentado a Jesús como “Pastor” que viene al encuentro de las necesidades del pueblo. Allí lo vimos profundamente conmovido frente a la multitud **“vejada y abatida como ovejas que no tienen pastor”**.

Hoy el evangelio nos coloca frente a un caso concreto de todo este panorama: frente al problema del hambre, de las enfermedades, de la desorientación en la vida, y sobre todo, ante el deseo de todo este pueblo de superar sus limitaciones, brilla la misericordia y el servicio de Jesús.

Nuestro texto se desarrolla en tres pequeñas escenas, todas ellas hiladas entre sí y al mismo tiempo con su propio mensaje. Veámoslas, pero –por razones pedagógicas- entre la segunda y la tercera vamos a invertir el orden:

1. Jesús sana a la multitud (14,13-14)

Llama la atención la secuencia de las acciones de Jesús: **“Vió”** (=con actitud analítica), **“Se compadeció”** (=con actitud de misericordia, de apropiación) y **“Curó”** (=acción efectiva). Son tres pasos que estamos llamados a ejercitar en nosotros para hacer nuestra vida semejante a la de Jesús.

Y notemos todavía que Jesús salva la vida de su pueblo renunciando a su propia comodidad (estaba buscando **“un lugar solitario”**, 14,13) y arriesgando su propia vida al realizar una actividad pública y masiva cuando acaba de morir Juan Bautista y la situación se puso peligrosa también para Él (ver el contexto: el pasaje anterior a éste es el del martirio de Juan, 14,12).

2. Jesús alimenta la multitud (14,19-21)

Jesús no solo sana sino que también sacia el hambre de la gente.

“Al atardecer” (14,15^a). Según la costumbre israelita ésta es la hora en que toma la comida principal del día. Tienen razón los discípulos cuando advierten que **“la hora es ya pasada”** (14,15b; se entiende que para actividades públicas), todos ya deberían estar en sus casas compartiendo la cena con sus respectivas familias o al menos en la procura de ésta en los poblados más cercanos (14,15c).

Notemos algunas particularidades:

- La comida que Jesús les ofrece en ese atardecer concuerda con la que era habitual para la gente sencilla campesina: pan y pescado con sal.
- Lo novedoso es que Jesús va a ofrecer el alimento con su propio poder. El hecho de que estén en “*lugar desabitado*” (14,15b; o más exactamente “desierto”) subraya la grandeza de la acción de Jesús.
- Es tal la abundancia que todos quedan saciados y hasta se recogen doce canastos llenos de sobras.

Jesús se comporta como un papá que forma su comunidad familiar reuniéndola, atendiendo sus necesidades y enseñándoles a compartir solidariamente.

Los gestos principales de Jesús, que nos evocan los de la Eucaristía (agradecer, partir, dar), nos muestran cómo es que Jesús forma su comunidad.

3. Jesús desafía a sus discípulos (14,15-18)

Justo en medio de las dos escenas en que Jesús sana y alimenta, el evangelista Mateo inserta un diálogo de Jesús con sus discípulos; allí:

- (1) les pide un imposible;
- (2) interpela su escepticismo, ese escepticismo que se siente cuando nos sentimos incapaces de transformar una realidad;
- (3) les enseña a confiar en su poder.

Los discípulos aprenden que Jesús tiene poder y por esta vía siguen descubriendo poco a poco la identidad de su Maestro.

Nuevamente nos encontramos con el camino de la fe del discípulo y esta vez el evangelio coloca su fundamento: la acción mesiánica (y eucarística) de Jesús.

Jesús no sólo sacia a un pueblo, sino que sorprende a sus discípulos tomando lo poco que tiene la comunidad para hacer lo don (multiplicado en sus manos) para los demás. Jesús es el solidario por excelencia con la humanidad carente, él es el Mesías de Dios que hay que descubrir.

El discipulado supone un compromiso concreto de fe y de comunión con las acciones de Jesús para que todos vivan en plenitud y para que haya pan en todas las mesas. El primer paso de la fe y del compromiso es dar con alegría y solidariamente de lo poco que se tiene.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

1. ¿Cómo veo la realidad de mi pueblo y particularmente de mi comunidad hoy?
¿Cuáles son sus necesidades?
2. ¿Qué relación hay entre la multiplicación de los panes y el ejercicio del pastoreo en una familia o en una comunidad?
3. ¿Qué me enseña el relato de la multiplicación de los panes para que mi compromiso como discípulo de Jesús sea real y efectivo? ¿Qué valor tiene el compromiso solidario –desde una vida de fe- con el hermano en nuestro país?

Caminando en medio del mar:
 ¿Qué tan profunda es mi fe?
 San Mateo 14, 22-3
 “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”



El relato de la multiplicación de los panes que leímos ayer es el prelude de un nuevo cuadro que el evangelista nos propone en su galería de experiencias de fe. ¿Será que después de un gesto tan claro como el de la multiplicación de los panes, los discípulos ya están en condiciones de expresar su fe en Jesús como Mesías?

Recordemos: el primer cuadro había sido la “falta de fe” de sus propios coterráneos de Nazareth (ver 13,53-58); el segundo aparece en labios del rey Herodes Antipas quien reacciona ante la fama de Jesús (14,1-2). Ahora le va a tocar el turno a los mismos discípulos de Jesús: ellos, quienes han sido testigos de la obra mesiánica que Jesús realizó como pastor de su pueblo, también ellos tienen que tomar una posición frente al Maestro.

Jesús manda a sus discípulos a través del lago de Galilea para que vayan delante hasta la otra orilla. Sube a orar a la montaña, mientras que los discípulos en medio del lago enfrentan una tempestad durante toda la noche. Ya cerca del amanecer, Jesús se aproxima de ellos caminando sobre el mar. Los discípulos se perturban. Entonces Jesús revela su identidad, frente lo cual Pedro desafiando el poder del nombre de Jesús pide poder caminar sobre el agua. Pero anduvo pocos pasos cuando comenzó a hundirse. Grita y es salvado por Jesús. Es reprendido y, luego, todos en la orilla se postran ante para adorarlo como el “Hijo de Dios”, es decir, como uno que vive en una relación de carácter privilegiada con Dios.

Detengámonos en algunas particularidades del pasaje:

1. ***El marco de todo el texto es la oración.*** Veamos:

(a) Al comienzo Jesús ora en la montaña y desde su oración acompaña pacientemente la travesía que están haciendo sus discípulos en el lago (14,23); Jesús está con nosotros en nuestras “travesías” de la vida, él nos sostiene siempre (con su oración desde la montaña) particularmente cuando en la vida enfrentamos adversidades.

(b) Las dos intervenciones de Pedro, en la que grita “**¡Señor!**” (14,28.30), tienen fuerza oracional.

(c) La reacción final de la comunidad, apoyada en un gesto de postración ante Jesús (=adoración) y expresada en una clara reconocimiento de la filiación divina de Jesús, es el culmen de todo este camino oracional que sirve de eje al texto y de paradigma a nuestro camino de oración. La fe se expresa en la oración.

2. ***El relato apunta a una confesión de fe:*** los discípulos terminan postrados adorando al Hijo de Dios. Esta reacción es la primera confesión de fe comunitaria (14,33) y responde a lo que se esperaba que sucediera después de la multiplicación de los panes, como si fuera su “amén”.

3. ***El itinerario de Pedro es un modelo de dicho camino de la fe.*** En el centro del relato está el episodio del diálogo Pedro y Jesús. En el texto se capta el siguiente proceso:

(a) Comienza con un juego de palabras: Jesús dice “**Soy Yo**”, Pedro dice “**si Eres Tú**” (14,27-28).

(b) El “**Soy Yo**” en boca de Jesús es un eco de la revelación de Yahvé a Moisés (ver Ex 3,14-15), el mismo Dios que abrió camino en lugares imposibles (el desierto); Pedro desafía a Jesús para que compruebe que es lo que dice ser.

(c) Jesús atiende la petición de Pedro y hace que Pedro vaya donde Jesús caminando sobre las aguas (14,29).

(d) Cuando Pedro siente miedo comienza a hundirse y grita “**¡Señor, sálvame!**”; Jesús por su parte le tiende la mano al mismo tiempo que le dice le declara su poca fe.

(e) Una vez en la barca junto con todos se postra y confiesa la fe (14,33).

En medio del peligro y con un gran sentimiento de impotencia Pedro clama al Señor con una de las oraciones más breves y más bellas del Evangelio: “**¡Señor, sálvame!**”.

La fe desnuda de Pedro deja asomar su realidad interior: cree y ama a su Jesús, pero de repente duda de él. Jesús le reconoce su fe pero la califica de “poca”. El Maestro parece querer pedirle que haga suya la oración de confianza del orante del Salmo 62,2-3: “**En Dios sólo el descanso de mi alma, de él viene mi salvación; sólo él mi roca, mi salvación, mi ciudadela, no he de vacilar**”.

Retengamos el momento cumbre en que Jesús se hace salvador y pastor misericordioso de Pedro: le tiende la mano y lo agarra (con fuerza para sacarlo; 14,31). El gesto es al mismo tiempo un signo de la vida y la salvación que Jesús le ofrece al discípulo. También está indicando que la fe no se alcanza si no es con la ayuda del Señor (ver 16,17).

Estamos hoy ante una bella catequesis sobre la confianza en el Señor en medio de las dificultades y las pruebas: Pedro ha pedido un imposible, pero ahora él y todos, hemos de saber que aún eso, lo imposible, se puede lograr si confiamos en la Palabra del Señor. Por otra parte hoy, una vez más, proclamamos con fuerza el valor de la vida. Tomando a

Pedro de la mano y sacándolo del caos de las aguas Jesús con su solo gesto nos repite: “¡*Cuánto vale un hombre!*” (Mt 12,12).

Cultivemos la semilla de la Palabra en nuestro corazón:

1. ¿Cuál es el camino por el que un discípulo llega a la adoración de su Señor? ¿Qué relación tiene con un camino de fe?
2. ¿Qué relación descubro entre el itinerario de fe de Pedro y mi propio itinerario?
3. ¿Qué me dice la imagen de un Jesús que está con el brazo extendido y agarrando a su discípulo? ¿Cómo la veo hoy en mi vida, en mi comunidad, en mi pueblo?

**En esta fiesta de San Juan María Vianney
Oremos junto con él**

Oración sobre el amor de Dios

Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Dios infinitamente amable, y prefiero morir en Ti amando que vivir un solo instante sin amarte.

Te amo, Señor, y la única gracia que te pido, es amarte eternamente.

Dios mío, si mi lengua no puede decir en todo momento que te amo, quiero que mi corazón te lo repita todas las veces que respire...

Dios mío, dame la gracia de sufrir amándote y amarte sufriendo.

Te amo, divino Salvador, porque has sido crucificado por mí.

Te amo, Dios mío, porque me tienes aquí abajo crucificado por Ti.

Mi Dios, en la medida en que me acerque al fin, concédeme la gracia de aumentar mi amor y perfeccionarlo.

Amén.

(San Juan María Vianney)

Ante la humildad de la mujer cananea:
 ¿Qué tan grande es mi fe?
 San Mateo 15,21-28
 “Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”

En este día en que recordamos al santo patrono de los sacerdotes diocesanos, nos encontramos con un maravilloso itinerario de fe y con un magnífico ejemplo de atención pastoral.

Con el relato del itinerario de fe de mujer cananea entramos en el cuarto cuadro de la galería presentada por el evangelista Mateo. El cuadro anterior había sido el del proceso lento y doloroso vivido por Pedro en medio del lago, a él Jesús le habló de su “*poca fe*”, de su “*duda*”. El de hoy, por el contrario, es un cuadro radiante: la fe valiente de una mujer que fue felicitada por Jesús y a quien conocemos como “la cananea”.

Mateo ha preferido llamarla “*cananea*” y no “*sirofenicia*” -como hace el evangelista Marcos- quizás para hacernos sentir más la grandeza de su confesión de fe: de un cananeo no se esperaría tanto. De hecho, el pueblo cananeo es recordado continuamente en el mundo del Antiguo Testamento como un pueblo confuso e idólatra; incluso, ya desde las antiguas gestas de la ocupación de la tierra, el pueblo de Israel consideraba estos antiguos pobladores de Canaán como gente primitiva y bruta. Pues esta mujer emerge repentinamente desde dentro de esa penumbra.

No solo frente a la fe todavía germinal de Pedro, sino también frente a la falta de fe de los fariseos y los saduceos, a los cuales Jesús les ha recordado la profecía de Isaías 29,13 (“*Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí*”, citado recientemente en Mateo 15,8), la mujer, madre de familia, cananea, pero también sufriendo, emerge como paradigma de fe: “*¡Mujer, grande es tu fe!*” (v.28).

El grito de fe de la cananea nos pone en contacto con una realidad profundamente humana: ¿Qué no haría una madre de familia para lograr que su hija se cure y se salve?

Esta madre de familia presentada como una de las mujeres fuertes del Evangelio, nos enseña su propio camino de fe a través de la ruta de la oración que pasa por diversos tropiezos. Notemos:

1. La mujer ora de lejos

La mujer va gritando detrás del grupo que acompaña a Jesús. En su grito podemos captar su agitación interna, su confusión, su sufrimiento. El contenido de su grito tiene una gran fuerza que se capta en cada término que utiliza:

- Ella invoca “*piedad*”, así como se hace frecuentemente en los Salmos (por ejemplo 6,2; 9,13; 24,16, 51,3 y muchos otros). Nos han dicho que es una pagana, de ahí que sorprenda que ponga en sus labios lo mejor de la oración de Israel.
- Le da dos títulos a Jesús, “*Señor*” e “*Hijo de David*”, títulos que evocan el misterio de Jesús que los discípulos han venido conociendo gradualmente. Su

oración se inserta en una experiencia de Jesús y no es simplemente un favor que se pide sin involucrarse en su misterio.

- Le expresa la realidad de su hija: “*está malamente endemoniada*” (15,22). No pide que la cure, simplemente dice que es lo que pasa. La mujer apela a un Jesús “pastor” para quien es suficiente “ver” para “compadecerse” y “actuar”.

2. Los discípulos quieren deshacerse de ella

Los discípulos intervienen y hacen que se rompa el silencio que hasta el momento ha guardado Jesús. Sus palabras suenan más a un “quitársela de encima” que a un verdadero gesto de misericordia. Ellos están cansados de los gritos de la señora, no parecen realmente interesados en ella.

La respuesta de Jesús nos recuerda su dicho sobre los destinatarios de la misión en Mateo 10,6, allí limitó su misión al mundo de Israel (ver también 10,40 y 21,37). Pero cuando miramos la totalidad del evangelio de Mt comprendemos que esta aparente limitación se refiere a una etapa de la misión, no a la totalidad, puesto que al final del evangelio, el destinatario de la misión es el mundo entero (ver Mt 20,19-20).

De ahí que las palabras de Jesús se comprenden mejor como una advertencia al pueblo de Israel (el pueblo de la oración sálmica), que ha sido el primer destinatario de su obra salvífica pero que ha venido progresivamente cerrándose a su anuncio. Por tanto, la fe de la mujer, será un juicio para Israel, y la sanación de su hija, el preludio de la nueva etapa misionera.

3. La mujer ora de cerca

Ahora la mujer aparece frente a Jesús, a quien ya puede abordar directamente. Da la impresión de que la mujer no hubiera escuchado el diálogo anterior de Jesús con los discípulos. Ella irrumpe de repente con su súplica, que esta vez aparece más rica y profunda:

- Se “*postra*” en adoración (nos recuerda el gesto de la mujeres en la mañana de la pascua, 28,9.17).
- Llama a Jesús de nuevo “*Señor*” (recordemos el grito de Pedro sobre el lago).
- Expresa su solicitud: “*Socórreme*” (que nos recuerda los Salmos 43,26; 69,5; 78,9; 108,26 y otros).

En el diálogo con Jesús ocupa un lugar central el don del pan, que significa la plenitud del bien y que es el don propio de un padre para sus hijos.

Sagazmente la mujer retoma las palabras de Jesús y las pone a su favor: a los perritos les tocan las migajas que caen de la mesa de los patronos. Ella hace una profunda reflexión: ve a los hijos como a sus patronos, comprendiendo la obra de Jesús con ella como la extensión de su misión al pueblo judío, su rebaño (ver Isaías 53,6; Miqueas 2,12). La mujer se sabe colocar en el lugar de los pequeños que entran en el Reino (ver 18,4). Entonces Jesús le concede lo pedido.

¿Cómo ve esta mujer a Jesús? La mujer sospecha que este Hijo de Israel tiene un corazón grande y que el banquete en el que él da el pan es de una abundancia tan grande, tan

extraordinaria, que es para todos, no importan los comensales: incluso los perritos. Esta mujer intuye que donde está la salvación todos se pueden beneficiar.

Este itinerario de fe y de oración de la mujer es importante para nosotros, nos permite ver el trasfondo espiritual, los gestos, las palabras y sobre todo la actitud fundamental de una oración de intercesión. Y un dato importante: se trata de una oración autoincluyente, o sea, al pedir por su hija esta mujer pide también por sí misma (“*Ten piedad de mi*”, “*Socórreme*”), mostrando así que lleva en su corazón orante el dolor de su hija y que, por tanto, también la madre necesita sanación.

Esta identificación de fondo, haciendo propio el dolor de aquél por el cual se suplica es característica de una auténtica oración.

“*¡Mujer, grande es tu fe!*” (15,28). Como a Jesús, a uno le sorprende cómo muchas veces a las mujeres –especialmente en su amor y en su dolor de madres- les sea concedido llegar –más allá de toda previsión- a una relación más profunda con Dios.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. (Para las mujeres:) ¿Qué me enseña la cananea para mi identidad y misión de mujer en la Iglesia y en la sociedad?
2. (Para los varones:) ¿Reconozco y valoro la identidad y la espiritualidad de la mujer en el hogar, en mi comunidad, en la sociedad?
3. ¿Mi experiencia de fe se traduce en actitudes de confianza filial en la misericordia de Dios? ¿En qué se nota?

Quando el panorama se pone oscuro
 San Lucas 9, 28b-36
 “Mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó”

El camino de Jesús conduce a la Gloria pero pasa por la Cruz. Así lo reafirmó el Resucitado a los peregrinos de Emaús: “*No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?*” (Lucas 24,26). En términos similares Pablo exhorta a las comunidades recién fundadas para exhortarlas a perseverar en la fe: “*Es necesario que pasemos muchas tribulaciones para entraren el Reino de Dios*” (Hechos 14,22). Este es el camino del discípulo, pero la verdad sea dicha, no es fácil comprenderlo.

El relato de la Transfiguración del Señor se presenta como un esfuerzo de comprensión del misterio de la Cruz. Según el evangelista Lucas se trata de

- Una fuerte experiencia de oración por parte de Jesús y de la cual tres de sus discípulos son testigos.
- En medio de esta oración aparecen Moisés y Elías en su gloria y establecen un diálogo con Jesús.
- Sabemos que el tema de esta oración es la pasión, entendida como un “éxodo” que se realiza en Jerusalén.
- No sólo Jesús discierne su camino, sino también los discípulos, quienes habiendo sido invitados a negarse a sí mismos, tomar su cruz cada día y seguir al Maestro (ver 9,23).
- Con este llamado resonando sus oídos ellos participan en la escena. La palabra decisiva proviene del Padre, quien envuelve no sólo a Jesús con su gloria sino también a los discípulos con su nube. En medio del silencio final se aguarda la respuesta de los discípulos.

En el segundo domingo de cuaresma pasado ya abordamos ampliamente este evangelio, casi palabra por palabra. Hoy, en esta fiesta de la transfiguración, invitamos a retomar aquella lectura y a dar un paso hacia delante en la “lectio” mediante una “Escuela de Padres”.

En busca de claridad

Algunos interpretan el episodio de la transfiguración como un consuelo, como una lucecita que Jesús le da a sus discípulos de manera anticipada en el camino oscuro de la cruz. Así sus discípulos no se perderían en la oscuridad de la pasión. Pero en realidad el evento pretende algo más de fondo: no sólo comprender sino animar para seguir las huellas del Maestro para ser transfigurados como Él participando de su gloria de resucitado.

Siendo así este evento sería ya una buena invitación al diálogo entre Jesús y los suyos, un diálogo que también nosotros podríamos continuar hoy sobre todo en los momentos difíciles y de oscuridad, cuando busquemos en la oración una lucecita que nos permita comprender el sentido de lo que nos pasa, sobre todo de las situaciones que enturbian nuestra visión de futuro, haciendo de estas situaciones un camino para una transfiguración.

Invitados a la montaña

Gustemos un poquito la escena: Jesús invita a tres de los suyos a subir al monte. Allí, “***mientras oraba, su rostro se mudó***” (9,29) y Pedro y sus compañeros “***vieron su gloria***” (9,32). Es cómo si la acción interna y luminosísima del Espíritu que habitaba en Él se volviera –por así decir- transparente. Jesús parece decir: “Miren lo que seré”.

Ante esta provocación reacciona Pedro: “***Maestro, bueno es estarnos aquí***” (9,33). En su éxtasis, Pedro –quien no se ha dormido- quiere que la visión dure toda la vida. Para eso eran las tres tiendas, y ni siquiera pensó en una para él. Pedro desea que al menos se le permita estar allí contemplando su rostro y seguir escuchando su conversación con Moisés y Elías. ¿Qué más quisiera uno en la vida sino poder llegar a contemplar el rostro de Dios? El Salmo 27,8 ya oraba así: “***Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu Rostro***”.

El lenguaje de Pedro es bíblico, porque la palabra “tienda” para él es sagrada, indica la habitación donde Dios –y esto evoca la experiencia de Israel en el desierto- circunscribe su presencia.

Pero la contemplación del rostro de Jesús no puede paralizar nuestro caminar ni mucho menos apartarnos de la visión de una serie de realidades concretas de la vida, realidades duras que tenemos que enfrentar en el nombre y con Espíritu del Señor.

Con todo, Pedro no estaba equivocado. Y el descenso de la nube y la Palabra del Padre no es una corrección a sus palabras sino una complementación. Las tiendas son para viajar, no para instalarse, en eso Pedro acertó. Pero Dios Padre ahora le agrega que el itinerario con la tienda al hombro debe seguir las indicaciones de Jesús. Sólo Jesús puede indicar el camino y por eso hay que escucharlo.

Y el camino que Jesús propone a su discípulo es el de la cruz. Al respecto Pedro tiene que hacer un aprendizaje: la contemplación del rostro del Maestro puede convertirse en una fuga de la realidad si no está acompañada de la escucha de sus palabras sobre el tomar la cruz y seguirlo. Y la tienda que el peregrino lleva sobre el hombro es la cruz, esa es la Palabra decisiva, que última instancia es una Palabra revelatoria que viene de Dios Padre.

Una visión de esperanza

Ojalá también nosotros entremos en el diálogo. Dialogando con Jesús en la oración podemos vivir una experiencia de transfiguración que nos permita entender que nuestro destino no es la cruz –las desgracias de la vida, la muerte- sino la resurrección –la plenitud de vida en Dios-, que las oscuridades que vivimos hoy son etapas de un camino, un camino que será luminoso y salvífico si lo recorremos con Jesús.

Por eso la transfiguración es un llamado a la esperanza, para que no nos encerremos en nuestros problemas o peor para que no construyamos una espiritualidad que huye de los problemas haciendo de la oración un escondite que en realidad no soluciona los problemas. De dentro de la oración debemos salir con una nueva comprensión de nuestros problemas. Saber estar ante Jesús en la transfiguración nos educa para también saber estar delante de la tumba vacía sin emprender la fuga.

Tenemos necesidad de la transfiguración, del estupendo actuar trinitario en las pequeñas y en las grandes eventualidades de nuestra vida, un actuar que pone a la luz el sentido y el destino de lo que vivimos.

Una transfiguración en familia

Es como le pasó a un joven. Tenía trabajo, dinero en el bolsillo, iba con sus amigos los fines de semana a la discoteca. Pero le vino un mal incurable. La noticia fue recibida con mucho dolor por todos los que lo conocían. Sus papás fueron los primeros en pensar que su hijo se sumergiría en el dolor y en la pena. Pero parece que no lo conocían bien. Este muchacho aceptó el desafío, luchó, le encontró sentido a la vida en su nuevo estado. Gracias a un grupo de amigos en su parroquia, aprendió a orar y se hizo transparente para él la voluntad de Dios, tan transparente que se volvió luz para los otros, para sus papás en primer lugar. Gracias a esta transfiguración en la que se asociaba a la pasión y muerte de Jesús, lo conocieron verdad.

En cada oscura cruz está escondida la semilla de la resurrección.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Hay alguna situación dolorosa en mi vida a la que no le encuentro sentido? ¿Qué quiere decir la frase: por medio de la cruz se llega a la resurrección? ¿Cómo lograrlo?
2. ¿Para qué invitó Jesús a sus discípulos a la montaña? ¿Para qué me invita a mí?
3. ¿Mi vida refleja el rostro de Jesús?

*“Está conmigo,
y yo comenzaré a resplandecer como tú resplandeces;
a resplandecer hasta ser luz para los otros.
La luz, oh Jesús, vendrá toda de ti: nada será mérito mío.*

*Serás tú quien resplandezca, a través de mí, sobre los otros.
Haz que yo te alabe así, de la manera que más te agrada,
resplandeciendo sobre todos aquellos que están a mi alrededor.
Dale a ellos tu luz, y dámela también a mí;
ilumínalos junto conmigo y a través de mí.*

*Enséñame a difundir tu alabanza, tu verdad, tu voluntad.
Haz que te anuncie no con palabras sino con el ejemplo,
con aquella fuerza atractiva, aquella influencia benéfica
que proviene de lo que lo haga (en tu nombre),
con una visible semejanza a tus santos,
y con la clara plenitud del amor
que mi corazón nutre por ti.*

Amén”.

(J.H. Newman)

La confesión pública de la identidad del Maestro:
 ¿Qué tan profunda es mi fe?
 San Mateo 16, 13-23
 “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”

Siguiendo el ritmo del Evangelio de Mateo nos colocamos hoy ante la experiencia de fe más alta y más clara. Después (1) del cuadro negativo de los paisanos de Nazareth, (2) de las interpretaciones erradas del rey Herodes, (3) de la fe en progreso del mismo Pedro y (4) del grito de ayuda reconocido como auténtica expresión de fe la mujer cananea, nos colocamos hoy (5) ante la confesión de fe de Simón Pedro.

El contexto inmediatamente anterior es importante. Esta quinta escena se presenta en contraluz con dos relatos previos en los que los fariseos y saduceos:

- (1) Son reprendidos por Jesús por pedir un signo para creer (Mt 16,1-4), y de hecho Él no les da un signo diferentes de los de su misión (explorar los signos de los tiempos);
- (2) Son puestos como ejemplo de la actitud y de la doctrina que no hay que seguir (Mt 16,5-12).

El evangelista también está suponiendo que conocemos todo el itinerario de Jesús que ha venido narrando y que comprendemos que éste es el punto de llegada de su actividad precedente.

Curiosamente Jesús nunca le pidió a sus discípulos que le dieran una opinión sobre sus discursos o sobre las obras de poder que realizaba sino únicamente sobre su propia persona. Para Jesús esto es importante: ¿qué están comprendiendo acerca de su identidad? Es de esta manera que los quiere conducir hacia un conocimiento claro y profundo, del cual brota una confesión de fe sin equívocos. Pues bien, en el centro del evangelio no está tanto su anuncio sino la mismísima persona de Jesús.

Cuando Jesús pregunta qué opina la gente acerca de él, le responden: “**Unos que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas**” (16,14). La gente tiene a Jesús en una alta consideración, pero no pasa de una figura profética similar a la de los grandes profetas portavoces de Dios. Si esto es así, sería uno de tantos ya que muchos han venido antes y otros vendrán después. Con esta clasificación se deja entender que ya hay una gran valoración de Jesús pero que corre el peligro de no ir más allá de rotulaciones ya conocidas; por tanto la opinión pública no ha llegado todavía a lo que realmente importa: al descubrimiento de la relación inédita, única y particular, que Jesús tiene con Dios.

Cuando Jesús le solicita a los discípulos su propia opinión, Simón Pedro responde: “**Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo**” (16,16). El apóstol reconoce la doble relacionalidad que caracteriza de manera inequívoca a Jesús:

- Para el pueblo es el “**Cristo**” (Mesías): el único, el último y definitivo rey y pastor del pueblo de Israel, enviado por Dios para darle a este pueblo y a toda la humanidad la plenitud de vida (como ya se vio en la multiplicación de los panes y en los otros milagros).

- Para Dios es su “**Hijo**”: vive en una relación única, singular con Dios, caracterizada por el conocimiento recíproco, la igualdad y la comunión de amor entre el Padre entre ellos (ver 11,27).

Aquí no se habla de un Dios abstracto ni genérico, se trata del Dios viviente, el único verdadero y real, que es vida en sí mismo, que ha creado todo lo que es vida y con su inmenso poder vence la muerte. Jesús es el rey y pastor que en cuanto Hijo del Señor de la Vida se compromete con la vida de su pueblo, es el Mesías que profundamente ligado al poder vital mismo, al Dios viviente. Y el don de la vida será comunicado mediante la donación de la suya propia en el camino de la cruz, como lo anuncia en la segunda del texto de hoy (16,21).

La reacción negativa de Pedro le merece la repreensión y ser llamado de “Satán”, porque piensa a nivel humano y no acepta el camino de sufrimiento de Jesús (16,22-23). ¡Vaya ironía! Al discípulo modelo Jesús le dice delante de toda la comunidad: “**¡Tú eres escándalo!**” (16,23).

El culmen del camino de la fe no es la confesión de boca sino la confesión con la vida. En la ruta de la cruz tomará cuerpo este tipo confesión de fe que precisaba, en primer lugar, pasar por los labios.

Habrán entonces que comenzar a caminar en esta segunda etapa con una apertura de mente y de corazón total ante el proyecto de Dios: la plenitud de vida que brota del misterio del dolor vivido en íntima comunión con el crucificado, donde toma sentido toda vida, todo proyecto, toda realización.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué opinión de Jesús tiene la gente con la que trato cotidianamente en ambientes distintos a los de mi comunidad de fe? ¿Se parece a la opinión de la gente en tiempos de Jesús?
2. ¿Cómo expreso mi fe en Jesús, con qué términos? ¿Pedro expresa lo que personalmente estoy viviendo de Jesús?
3. ¿Qué podría hacer para la persona de Jesús esté siempre en el centro de mi vida?

El poder de la fe
San Mateo 17, 14-20

“¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?”

Las historias de fe que nos han acompañado a lo largo de esa semana en la “Lectio Divina” pueden ser releídas en este sábado desde este punto de vista: ¿tenemos la fe suficiente para obrar transformaciones profundas en nuestra vida y en la de los otros?

Llama la atención cómo el atribulado papá de un muchacho, cuya enfermedad parece ser la locura y la epilepsia, se lamenta ante Jesús porque los discípulos fueron incapaces de realizar la curación: “***Se lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarle***” (17,16). La frase “***no han podido***” suena trágica tratándose de discípulos a los cuales Jesús capacitó convenientemente: “***les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia***” (Mateo 10,1). El fracaso de los discípulos tiene que ver con lo que es la razón de ser de su misión, no es un problema secundario.

Este pasaje ilumina situaciones similares en la vida de la Iglesia. Cuando una misión fracasa (las pequeñas comunidades se acaban), cuando enfrentando un desafío pastoral al final descubrimos que no podemos hacer nada o quizás sólo muy poco, cuando una persona que empieza un camino de conversión al principio lo hace entusiasmado pero poco a poco se da cuenta que sus pecados le ganan la batalla, frente a toda sensación de cansancio y de desilusión es que se pronuncia este evangelio: “***¿Por qué nosotros no pudimos?***” (Mateo 17,19).

En el momento de la realización del milagro, “***Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento***” (17,18), queda claro que en Jesús está todo poder. Con esto no remanda a todas las acciones de poder ya realizadas a lo largo de este evangelio. Pero se deja ver también un aspecto que introduce la respuesta final por parte de Jesús: los discípulos no están en completa sintonía con Jesús. El contexto de este pasaje es el anuncio de la Cruz, mensaje que los discípulos aún no han aceptado (ver 17,23).

La respuesta de Jesús al pedido de explicación de sus discípulos va al grano: “***Por vuestra poca fe***” (17,20a). Jesús no encuentra la fe que pide ni en sus discípulos ni en la gente (“***Generación incrédula***”, 17,17). ¿Fe en qué? Ya Pedro, en nombre de todos, confesó la fe en Jesús (16,16), sin embargo él mismo, quien ya había sido llamado antes “hombre de poca fe” (14,31), se opuso al anuncio de la pasión (16,22). El problema no es saber decir quién es Jesús sino identificarse con lo que Él es y con su camino; es aquí donde la fe comienza a debilitarse. Y sólo en comunión con Jesús se puede llevar a cabo la misión, de otra manera es inútil el esfuerzo.

Jesús pide por lo menos el “mínimo”, por eso cita el proverbio que se refiere a lo más pequeño: “***como un grano de mostaza***” (17,20b). La fe que Jesús encuentra “***poca***” en los discípulos, a lo mejor sea prácticamente nula. La más mínima fe ya es una gran fe y logra lo que parece imposible: traer la salvación, hacer milagros, llevar a los otros también a un camino de fe.

Jesús, quien expulsó el demonio con el poder de su Palabra, también habla de lo que hace una palabra dicha con fe –es decir, en comunión con Él en cuanto Señor muerto y resucitado-: cambiar de lugar a una montaña (17,20c). El poder de la fe no es más que el ejercicio del poder de la Palabra que ha sido aceptada en la propia vida: la Palabra de la Cruz y de la Resurrección, fuerza poderosa que transforma al mundo.

Un apóstol es aquel que haciendo el camino de la Cruz junto con su Maestro, vive a fondo el poder de la vida que brota de la Cruz Resucitada y es capaz de hacer presente ese poder el mundo para obrar grandes transformaciones allí donde el mal parece reinar.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué pretende suscitar en nosotros el evangelio de hoy?
2. ¿Hay alguna situación difícil –personal, familiar o social- que “me ha quedado grande”, que no consigo superar a pesar de todas las oraciones que he hecho? ¿Qué tengo que hacer?
3. ¿Qué relación tiene la fe de los discípulos con el anuncio de la Pasión y Muerte de Jesús? ¿Qué se entiende entonces por fe en este pasaje?

*Oh, María, aurora del mundo nuevo, Madre de los vivientes,
a ti confiamos, la causa de la vida.*

*Mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer,
de pobres a quienes se hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.*

*Haz que quienes creen en tu Hijo sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida.*

*Alcánzales la gracia de acogerlo como don siempre nuevo,
la alegría de celebrarlo con gratitud durante toda su existencia
y la valentía de testimoniarlo con solícita constancia,
para construir, junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios creador y amante de la vida.*

Amén.

(Juan Pablo II)